

la mentira, los mezquinos intereses locales, y—como árbitros supremos y decisivos—la corrupción y la fuerza.

Ahora mismo acaba de seguir viaje para los Estados Unidos una comisión de los liberales de la República de Panamá con el propósito de solicitar del Gobierno americano su intervención en las elecciones de su país que deben efectuarse en el mes de agosto de este año. Para nosotros tamaña desgracia no es una novedad que pueda sorprendernos y menos confundirnos; pero los panameños no saben, como nosotros, que esas intervenciones americanas, en las contiendas electorales de nuestros partidos políticos, como en otros cualesquiera conflictos interiores, suelen ser insinceras, comunmente interesadas, y siempre vergonzosas y funestas. Los panameños alegan ahora, como corrientemente han alegado los cubanos, que los Estados Unidos no consienten en nuestras Repúblicas ninguna revolución, y esto, en parte, es una verdad innegable: a nuestros revolucionarios, en ocasión inolvidable, les fulminó el Presidente Wilson la formidable amenaza, si no deponían su hostilidad al Gobierno cubano, de declararlos nada menos que enemigos de los Estados Unidos!; pero también es cierto que al conceder, declarada o tácitamente, determinados plazos a los gobiernos establecidos daban de paso tiempo suficiente a los revolucionarios para actuar y fortalecerse. Así pudo el general Menocal proceder libremente más de tres meses; el general Gómez, algunas semanas durante la guerra de Oriente, y el actual Presidente por lo menos catorce días, con ocasión de un alzamiento que al cuarto el Gobierno mismo daba por terminado; lo que implica que el mal no está sólo en la actitud de los Estados Unidos; sino que en mucha parte han tenido culpa los mismos conspiradores, por su poca preparación y la escasez de recursos apropiados, o su inhabilidad o su ligereza, y sobre todo la mayor culpa ha sido del país, que casi nunca ha apoyado con decisión y entereza las causas justas ni ayudado los esfuerzos que unos cuantos han procurado realizar con desinterés y patriotismo, reservándose casi siempre el cómodo papel de condenar las revoluciones desgraciadas y entonar menguadas alabanzas a los gobiernos afortunados.

Lo que a mí más me ha preocupado y me afecta penosamente es el espectáculo que estoy presenciando desde hace más de medio año: las circunstancias van produciendo visiblemente y por necesidad, con más o menos rapidez, una fuerte corriente de opinión contra elementos señalados del poder público; ocasiónase una tendencia definida, como la de los Veteranos y Patriotas, y, en privado, todos aplauden

y se alborozan, llegando a confesarse con entusiasmo manifiesto la alegre esperanza del triunfo indefectible de la simpática tendencia; pero cuando, cualesquiera que hayan sido las causas o motivos, el movimiento se detiene y parece fracasado, todas las voces se alzan al unísono para condenarlo, sobre todo por inoportuno, ya que comprometía la prosperidad de los negocios y amenazaba cuantiosa zafra próxima a terminar. Entre tales clamores que resonaron lúgubramente como un eco del funesto materialismo colonial, sólo—a lo que se dice—la voz velada de un exiguo grupo de cubanos ha tenido la hidalguía de declarar, ante los que procuraban de él noticias de su alzamiento, esta frase melancólica y honrada: «nada podemos decirles porque nosotros no nos pertenecemos; somos defensores de una causa que creemos noble». En cambio, y como contraste, los más se olvidan de execrar las causas determinantes de las conmociones públicas, atacando únicamente los síntomas, a la manera de médicos ignorantes o inteligentes.

Esos mismos nos recomiendan a la continua que amemos y conservemos la República, como forma y esencia

de nuestro patriotismo. Sí, amémosla, aun cuando sus falsos panegiristas suelen darnos el ejemplo contrario; pero amémosla de veras para que pueda mantenerse pura, bella y digna; digna, sobre todo, de merecer la adhesión heroica de sus hijos y el respeto sincero de los extraños: A veces se me figura, en mi inquietud y mi angustia, que actualmente no es sino informe armazón de huesos amarillos, encubiertos bajo los pliegues de vistosa bandera; pero que de ellos se han desprendido la carne de la vida con el alma gloriosa del pasado. Alimentémosla, pues, con inteligencia cariñosa para que carne nueva revistan y animen los huesos viejos, siquiera por obra milagrosa del amor calentado a las llamas del ideal antiguo. Esta, lo sé; es tarea indudablemente enorme en las condiciones morales de nuestro tiempo; pero propia de un pueblo que yo ví una vez, como el Ajax griego, combatir aislado y sólo, en medio de la América indiferente, contra los mismos Dioses enemigos!

MANUEL SANGUILY

(El Figaro, Habana)

1924.

La virtud de un opúsculo

LA lucha política recién pasada aguzó de tal modo nuestros ancestrales instintos de combatientes que nadie se daba cuenta de lo que ocurría a nuestro alrededor como no estuviese relacionado con el interés supremo de la causa a que cada uno servía y por cuyo triunfo bregábamos desafortunadamente de un confín al otro de la república; no dejó de oírse, sin embargo, entre el ronco vocerío del combate, una que otra voz, generosamente purificada de acritudes, que en elevado lenguaje nos urgía a pensar sobre el advenimiento de Cristo a nuestros corazones, como para que de esa suerte, en cada uno de nosotros se instaurase, según la divina palabra, «el reino de Dios»,—un superior, un sublime estado de espíritu en que todas las actividades trascendentes se rigen por poderosos impulsos emocionales de simpatía, de perdón, de concordia.—

Quien entre las asperezas ensordecedoras de la lucha así nos hablaba era nada menos que el noble educador don Enrique Jiménez Núñez, de años atrás sin interrupción consagrado con toda la lucidez de sus facultades a instruir a la juventud en secretos de ciencia y en obras de sabiduría; un folleto titulado *La nueva venida de Cristo a la tierra* contiene las luctubraciones en

que por esos días nos aleccionaba don Enrique Jiménez Núñez con la prédica vehemente de sus doctrinas y de su fe. De lenguaje que por su transparencia pone la exposición al cabo de todos, aun de aquellos que menos aptos se sienten para aventurarse por dédalos de abstrusas filosofías, el folleto está escrito con esa persuasión efusiva con que todo hombre bien documentado declara aquello que el estudio elevó en su inteligencia a la mística certidumbre de fe; pero se le reconoce más alto precio aún a esa doctrina merced a la eficacia que el inspirado autor le atribuye como principio de todo bien; y en este punto, la palabra sencilla, pero vibrante, del texto crea en nuestro organismo corrientes nerviosas cuya experimentación sólo nos procura goces de linaje elevado: ante esa noble y sincera ideología siente uno como que el Cristo abre amorosamente sus brazos en el altar ahora luminoso de nuestros corazones.

Sin duda por efecto de orgullo sectario, cada religión se tiene por la única verdadera: nada habría en eso de particular, en cuanto no traspasase los límites del fuero interno, si no fuese porque las religiones, a veces en abierta rivalidad, se anatematizan las unas a las otras, exacerbadas hasta el frenesí